

REMEMORACION EN EL OCASO

Francisco A. Escobar

Yo no puedo mirarte con los ojos del hombre que conduce a las masas, porque he aprendido con dolor a desconfiar de las palabras ácidas y agrestes.

Yo no puedo mirarte con los ojos de quien descubre la verdad revelada, porque no puedo desatar el entramado fino que subyace en los dolientes actos de los hombres.

Tampoco puedo calcinar mi corazón y mi pupila con el salado viento de los odios, y verte desde el poder airado por espacios perdidos.

Yo sólo puedo contemplarte con la fe y el sostenido asombro del alma que atisbó por un momento los designios del Padre, hechos carne y palabra en tus sencillos actos cotidianos. En eso me parezco a los más tristes, a los que estaban más cerca de tu corazón y a quienes abrias tu corazón para que estuvieran más cerca.

Yo te recuerdo así: tierno y sencillo. Sin hieles y sin sombras. Con ese aliento virginal del niño que no traicionó su inocencia, a pesar de ir viajando por los ásperos caminos de la vida en una piel mayor, universal y profética.

Te recuerdo sentado, allí, dulcemente plegado, casi insignificante. Con esa insignificancia de postura que sólo tienen los que son realmente grandes. Con esa suavidad de palabra que sólo tienen los que son realmente sabios. Con esos gestos de ternura que sólo poseen quienes realmente aman desde el corazón.

Recuerdo que una vez comimos juntos. Era grande la mesa y muy humilde el pan. Ese pan fue el más bueno de aquel soleado marzo. Y esa vez... sí... esa vez nos contaste, con la gloria en los labios, aquella anécdota de gracia sobre el maestro Jesús: "Humillaban a la pecadora —dijiste—. Entonces Cristo increpó a la multitud: ¡Quién esté limpio de culpa, que lance la primera piedra! La Virgen se apresuró a coger su te tunte —eran palabras tuyas— y se lanzó a la carga. Entonces Cristo la detuvo y le gritó: ¡Mamá, por favor, vos no te metás en estos bonches." ¡Cómo reímos entonces! Y es que también tenías una vena exquisita para el humor más sano.

Por eso es que te amaban: por tierno, por sabio, por bueno, por el limpio corazón con que saludabas al sol, por las flores del alma que entregabas a la vida.

Pero también me maravilla esa estatura inmensa que cobrabas en el púlpito. La verdad de tu palabra, la fuerza de tus convicciones, la justicia de tu llamado. Entonces emergía el profeta y sobre la candidez del niño se erigía la estatua del ángel.

Sé que muchos nublaron su corazón frente a tu verbo; sé que en muchos las ventiscas de la ira por lo que tú pedías soterraron las prístinas bondades de la conciencia; sé que muchos quisieron abanderar su grito con tu prédica por la tangencial coincidencia del reclamo.

¡Y es que fuiste el gran incomprendido! El sublime profeta de todo lo posible y necesario. Pediste que nos amáramos... y el amor es posible; pediste que concretáramos el amor en la generosa entrega hacia el hermano... y entregar es posible; pediste que renunciáramos a todo aquello que hace del hombre un transitorio dios de barro sobre el mundo... y renunciar es posible.

Mas no te comprendimos. ¡No entendimos que tú sólo pedías aquello que el cielo nos exige por mandatos eternos! Y más de un alma cubrió sus íntimos repliegues con ácidas ortigas. Y así, después de tu martirio, se desplomó sobre nosotros esta oscura ceniza de la rabia, este hielo del alma que no bordea aún los litorales de la gracia, esta rotura sangrante entre la carne hermana que ya se agota en las profundidades del silencio y de las lágrimas.

¡Si tan sólo te hubiéramos oído! No estaríamos quizás sobre este prolongado alarido de las almas, ni tendríamos esta tristeza en la mirada que poco a poco se va volviendo casi sombra. Estaríamos con lunas esplendentes y una gota de paz mojando el aire.

A veces... ¡no a veces!.. siempre llegan a tu sepulcro esas pobres mujeres de esta tierra. Llegan con sus humildes vestidos de mil pliegues, con sus mejores zapatos de domingo y con una toalla medio sucita que les cubre con dignidad la cabeza. En esa humilde toalla esconden con timidez de ángel triste la hondura de una lágrima que se les va del alma cuando te hablan.

También llegan los hombres con el esfuerzo a cuestras. A veces limpiamente endomingados, a veces todavía con las grietas que dejan en la fren-

te el trabajo y el sufrimiento. Te hablan... y creo que les cuesta un esfuerzo tremendo convertir un sollozo en oración sencilla.

Los niños se acercan asombrados y por ser quizás los que menos saben, son los que más te comprenden y te intuyen.

Hay también gente con manos menos sacrificadas; viajeros del intelecto y hasta más de alguno que lleva la fortuna en su morral; pero serán siempre los más pobres lo que estarán cerca de tí. Y eso por una razón muy sencilla: tú les ayudaste a levantar la frente al sentirse dignos y necesarios para el hombre y para Dios; tú les hiciste comprender que "donde hay dolor humano hay tierra sagrada debajo", y a partir de entonces saben que desde el sufrimiento pueden ir buscando, con la frente muy alta, el pan sobre la tierra y los extraños caminos del cielo.

¡Hasta ahora empezamos a entenderte! Hasta ahora comprendemos por qué fuiste tan duro con unos, con otros y con todos al señalar el pecado; hasta ahora sabemos por qué tu amor pudo amparar a unos, a otros y a todos en el intento por construir el reino de la mies.

Es extraña... Es verdaderamente extraña esta invasión de los recuerdos... Me ofusco ¿ves? ...Es que a veces la tarde convoca a las memorias; es que a veces el ángel llama a la puerta blanca donde vive la luz.

Pues bien... quizás sólo esto tenga que decirte... que te recuerdo así... como el ángel tutelar de estos dolidos surcos... como el extraño profeta caminante, que pasó y dejó tras su partida la seguridad inmovible de que junto a sus pobres sandalias iba caminando Dios.